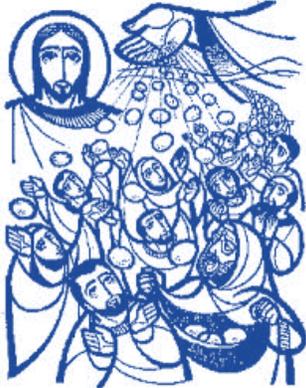

LECTIO DIVINA

XVIII Domingo, T.O. Ciclo 'B' San Juan (6, 24-35)



Jesús es interpelado explícitamente sobre lo que Él hace. En la historia de la salvación, 'el hacer de Dios' siempre ha precedido al hacer del hombre. La obra del hombre es creer, pero previamente debe haber una obra de parte de Dios, que sea la base y el camino que lo lleve a la fe.

Veremos a Jesús dialogando con sus seguidores que estaban inquietos por lo que Él decía y hacía. Lo interpelaban: "¿Qué prueba nos das para que te creamos?". Le hacían preguntas porque había multiplicado los panes; un hecho extraordinario. No estaban satisfechos ni creyeron de verdad que Él fuera el Mesías

y se atrevieron a pedirle un signo, todavía mayor.

El Señor se presentó ante ellos como el que obraba de parte de Dios y con este hecho se remitió a una de las grandes acciones que Dios hizo a favor de su pueblo: el maná que les dio en el desierto para saciar su hambre.

Seguimiento:

24. Cuando la gente vio que Jesús no estaba allí ni tampoco sus discípulos, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaún para buscarlo.
25. Al encontrarle a la orilla del mar, le dijeron: "Rabbí, ¿cuándo has llegado aquí"?
26. Jesús les respondió: "En verdad, en verdad les digo: ustedes me buscan no porque han visto señales, sino porque han comido de los panes y se han saciado.
27. Obren no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el que les dará el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre Dios ha marcado con su sello".
28. Ellos le dijeron: "¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?"

29. Jesús les respondió: “La obra de Dios es que crean en quien Él ha enviado”.
30. Ellos entonces le dijeron: “¿Qué señal haces para que viéndola creamos en ti? ¿Qué obras realizas?”
31. Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”.
32. Jesús les respondió: “En verdad, en verdad les digo: No fue Moisés quien les dio el pan del cielo; es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo;
33. porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo”.
34. Entonces le dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan”.
35. Les dijo Jesús: “Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed”.

LEER: entender lo que dice el texto

Nuestro texto desarrolla una catequesis coloquial, basada en preguntas y respuestas entre Jesús y la gente que lo buscaba.

Cuando lo leemos descubrimos todo un itinerario en la fe que podemos seguir si queremos saciar nuestra hambre de Dios. Al conversar con la gente, Jesús la condujo como si fuera subiendo una escalera: cada paso la lleva a uno más alto, que suponía haber asumido el anterior. Algunos comparan la didáctica de Jesús con la sugestiva imagen de un espiral.

Este texto tiene un fuerte movimiento espiritual, rico en sugerencias; no pretendemos explorarlas, pero sí observar el itinerario que nos propone Jesús para llegar a una vivencia.

En la primera parte hace una catequesis sobre el pan de vida... Hay un nuevo encuentro en “la otra orilla del mar” (6,24-25). El Señor purifica los motivos de su búsqueda (6,26-29). Es preciso saber leer los signos de su amor y de la salvación

que nos ofrece (6,30-33). Se da una comunión vivificante entre el hombre y Dios: él necesita saciarse del “Pan de Vida”, y confiesa que necesita a Jesús (6,34-35).

Jesús multiplicó los panes en medio de una multitud; solamente los hombres eran unos cinco mil (ver 6,10). No nos cabe la menor duda: Todos quedaron admirados por lo sucedido; hubo pan abundante; todos pudieron comer.

La gente se quedó en la verde explanada, a orillas del mar de Tiberíades, esperando a Jesús que se les desapareció.

A la mañana siguiente se dieron cuenta de que los discípulos se habían ido en el único bote disponible, y pensaron que Jesús todavía estaba entre ellos (v.22), mas no tardaron en darse cuenta de que ya se había ido y fueron a buscarlo (v.24).

Corrieron hacia los botes (v.23; ver 6,16-21) y se encaminaron a Cafarnaún; lo y encontraron nuevamente (v.25^a). Le preguntaron: Rabí, “¿cuándo llegaste aquí?” (v.25b). Querían saber cómo se había venido, pero Él no respondió a su pregunta, sino más bien los cuestionó: “¿Por qué” me buscan?” abriendo un diálogo muy importante.

Jesús quiso purificar los motivos de su “búsqueda” (6,26-29). El evangelista Juan dice que Jesús conocía lo que hay en el corazón del hombre y que no necesita que le dijeran nada, porque ‘conocía bien a sus seguidores’. Leía sus corazones y conocía sus motivaciones.

Hay un sí y un no: (1). Lo buscaban para que repitiera el milagro de la multiplicación de los panes.

La fe es el caminar del hombre a Dios y el encontrarse el uno al otro. Con esta respuesta Jesús les dijo a través de los signos que Él era el Mesías enviado de Dios y que su persona los llevaría a encontrarse con su Padre.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

El problema que Jesús enfrenta con la multitud que lo busca para que repita el milagro del pan abundante, tiene que ver con la imagen que tienen de Él. Se da a sí mismo un título: ‘Hijo del hombre’. Es curiosamente un título de gloria, pero que Él sabía bien lo llevaría a la ‘pasión’.

Jesús quería que sus seguidores entendieran que Él tenía mucho más de lo que veían en Él a primera vista. La gente se dejaba arrastrar por el mesianismo, quería respuestas inmediatas y corría tras Él. Al finalizar la multiplicación de los panes querían hacerle Rey, pero Jesús – para desconcierto de ellos– se les escondió.

Jesús llevó a esas personas más allá del signo. Quería que estuvieran con Él tanto en sus momentos de gloria, como en su dolor. Que le acompañaran porque era el Hijo del Hombre. No les escondía lo que estaba detrás de ese título.

- **Tal vez también nosotros no le entendemos a Jesús. Como esa gente que presenció la multiplicación de los panes, queremos verlo como el Rey que use su poder para eliminar lo que no nos deja ser felices... Queremos que nos dé gratuitamente el pan y todos los días, sin tener que hacer ningún esfuerzo de nuestra parte. ¿No será que queremos un mesías a nuestra medida?**

Jesús dijo a sus seguidores que Él era aquél a quien su Padre había marcado con su sello. Quiso que entendieran que su autoridad se le venía de Dios. Para que comprendieran esta gran verdad, se sirvió de un signo que les podía ayudar a entender lo que quería decirles. Habló del sello de Dios”. ¿Por qué utilizó ese signo? Porque en la antigüedad nadie firmaba algún documento para darle credibilidad, sino que ponían sobre él un sello.

Si se trataba de uno comercial o político, se sellaban con un anillo que estaba preparado para dejar claro que tenía seriedad y pertenencia... Las decisiones eran válidas y permanecían garantizadas. Los sellos se hacían de arcilla, de metal o de joyas, en los dos primeros casos, parte del material se quedaba pegado en el documento como prueba de que era auténtico.

Jesús es el sello de Dios: (1) Su Padre lo autentifica con la unción del Espíritu Santo y quien acepta su testimonio, certifica que Dios es veraz; porque aquel a quien Dios ha enviado, habla las palabras que Él le inspira por la acción veraz del Espíritu (Juan 3,33-34; 1,33-34).

- **Jesús es la “verdad de Dios hecha persona, encarnada. Viene de Dios y a Dios nos lleva. ¿Queremos estar con Él? ¿Nos interesa escucharlo, ser de los suyos? ¿Qué nos mueve a ir a su encuentro cuando nos habla, cuando nos acercamos a su mesa semana a semana?**

Él es el único que puede satisfacer el hambre de eternidad que está impresa en el corazón de todo hombre. Hay que buscar a Jesús porque nos ofrece “firmeza”

Los que lo seguían le preguntaron: “¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?” Y Jesús les respondió. “La obra de Dios es que crean en el que Él ha enviado”.

Ante el imperativo “¡Obren!”, la reacción no se dejó esperar: ¿Cómo llevarían a cabo lo que Dios quería que hicieran? Ellos tenían que realizar el proyecto de Dios para vivir en comunión con Él.

Cuando Jesús habló de las obras de Dios, la gente entendió porque desde pequeños habían sido educados en la convicción de que el favor de Dios se gana haciendo “buenas obras”. La pregunta “¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?” tuvo una respuesta. Jesús corrigió el intento de sus interlocutores y abrió la puerta para que entendieran cómo tenían que relacionarse con Dios desde otro ángulo, mucho más profundo y con sus consecuencias.

- **También hoy Jesús quiere que procuremos las obras de Dios y nos pide ‘creer en Él’. Que nuestra actitud sea un sí a lo que nos ofrece, haciéndose Pan y dejándose comer por nosotros.**

III. ORAMOS nuestra vida desde este texto



Padre Dios:

Hoy queremos saciar nuestra hambre de ti y de lo tuyo. Gracias porque has querido que Jesús sea nuestro alimento para que logremos hacernos uno con Él y en Él, contigo, por la acción del Espíritu Santo.

¡Qué misterio tan grande tenemos ante nosotros, al poder comulgar la Palabra y el Pan de Vida!

¡Qué regalo tan grande nos das al poder estar en íntima relación contigo y con todos nuestros hermanos!

Comulgar nos une a Ti, Padre, a Jesús, nuestro Hermano, a tu Espíritu y en ustedes, a todos y a todo. Ayúdanos a comprender lo que implica comulgar, para que cuando nos acerquemos a recibirte en la Eucaristía, nos llenemos de vida y podamos compartirla con quienes estamos cerca.

Que, al comulgar, crezca nuestra confianza en Ti y ésta se traduzca en obediencia, amorosa y gratuita a lo que Tú quieres que hagamos. **Amén**